

INTERPRETANDO LOS AJUARES DE LAS TUMBAS DE CABALLO DE LA NECRÓPOLIS DE LA PEDRERA (s. IV a.C.)

necrópolis, caballos, ajuar funerario, mercenarios, ilergetes, aristocracia

Raimon Graells i Fabregat*

Els cavalls de la necròpolis de la Pedrera han estat durant molt de temps uns referents a l'hora de parlar de l'aristocràcia ilerget. Malauradament, aquests cavalls i els seus aixovars funeraris no han estat objecte d'un estudi detallat ni d'una interpretació de conjunt. En aquest treball es presenta la seva cronologia (segle IV aC) i la seva interpretació en el context de la participació dels ilergets com a mercenaris en els conflictes bèl·lics del Mediterrani central i del Peloponès.

necrópolis, cavalls, aixovar funerari, mercenaris, ilergets, aristocràcia

Les chevaux de la nécropole de la Pedrera ont été pendant longtemps des éléments clés pour parler d'aristocratie du territoire ilerget. Malheureusement l'étude de ces chevaux et de ces dépôts funéraires n'a été jamais fait et non plus l'interprétation. Ce travail montre la chronologie (IV^e siècle av. J.-C.) et les interprète dans le contexte du mercenariat des populations ilergets en les guerres du Méditerranée central et du Péloponnèse.

I cavalli della necropoli della Pedrera sono stati a lungo dei punti di riferimento fondamentali per l'argomento dell'aristocrazia ilergeta. Purtroppo, questi cavalli e i loro corredi funerari non sono stati mai oggetto di un studio approfondito neanche di una lettura globale. Nel presente lavoro si mostra la loro cronologia (IV secolo a.C.) e la loro interpretazione nel contesto della partecipazione degli ilergetes come mercenari nei conflitti armati del Mediterraneo Centrale e del Peloponneso.

necropoli, cavalli, corredo funerario, mercenari, ilergetes, aristocrazia

143

INTRODUCCIÓN

La rica sociedad ilergete ha sido polo de atracción de numerosos investigadores desde los orígenes de los estudios sobre la cultura ibérica¹. Si bien las fuentes clásicas han proporcionado un completo elenco de referencias sobre la importancia de este pueblo en el marco de la segunda guerra púnica, la arqueología ha dado abundantes muestras de la personalidad particular de esta sociedad, ya desde sus inicios. A la precoz adopción del urbanismo en piedra se añadiría rápidamente la adopción de la siderurgia y la cría de équidos. Todo ello ha sido interpretado tradicionalmente para las fases antiguas de la edad del hierro, con una aparente distancia

hacia las relaciones con la costa y el mundo mediterráneo, pero que no imposibilitaría un importante desarrollo socio-económico que se traduce en una espectacular organización del territorio. Seguramente el caso más excepcional, para un momento antiguo, es el de la fortaleza de Els Vilars de Arbeca, que encuentra continuidad en el periodo ibérico pleno con el *floruit* del *oppidum* del Molí del Espígol en Tornabous². Un tercer ejemplo de este tipo de asentamiento lo representa el poblado de la Pedrera (Vallfogona de Balaguer), con una dilatada secuencia cronológica y unas dimensiones equiparables a las de un gran *oppidum*, una capital ilergete. Esto último se vio ratificado con la importante y poco estudiada necrópolis de la Pedrera, una necrópolis prácticamente

* Römisch-Germanisches Zentralmuseum Mainz (RGZM).

1.- Para una visión de conjunto con bibliografía y debate v. Garcés 2005.

2.- De todos modos, las recientes excavaciones en el Molí del Espígol (Principal 2006-2007) permiten poner en *stand by* el papel secundario del yacimiento en una fase de primera edad del hierro y permiten empezar a plantear una división del territorio ilergete en áreas dominadas por yacimientos en el llano con importantes sistemas defensivos.

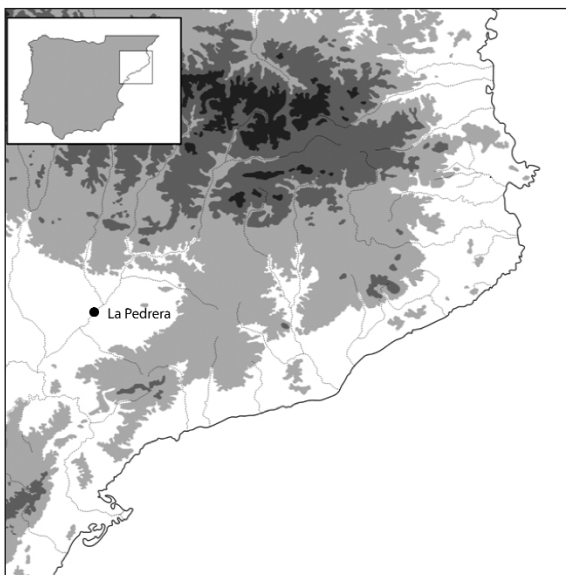


Figura 1. Mapa de Cataluña con localización de la necrópolis de la Pedrera.

inédita³, conocida por referencias cruzadas y, esencialmente, por una serie de elementos de armamento y por unas sepulturas con esqueleto de caballo.

La necrópolis de la Pedrera en Vallfogona de Balaguer se sitúa en la llanura interior de Cataluña, en una posición próxima al río Segre y se asocia a un hábitat que lleva el mismo nombre (Maluquer/Muñoz/Blasco 1958; Gallart/Junyent 1989). Tradicionalmente ha sido identificada como una necrópolis de campos de urnas (Plens 1986; Rafel/Plens 2002, 255), pero la presencia de sepulturas con caballos, que implicarían fosas, y el hallazgo de, al menos, una tumba compleja que contenía varios vasos (uno de ellos de importación fenicia) (Sardà/Graells 2004-2005), obligan a replantear esta atribución. El uso de la necrópolis ocupa un largo período de tiempo que va desde los siglos XI-IX hasta finales del siglo IV a.C., a pesar de que, como han señalado N. Rafel y M. Plens (2002, 255) parece que no se documentan tumbas de los siglos VIII-VII a.C., así como son muy escasas las del siglo IV a.C. (con dos casos).

Esta necrópolis resultó parcialmente destruida en 1958 a causa de unos trabajos agrícolas, pero en el transcurso de ellos se pudieron recuperar y documentar una serie de materiales, así como realizar varias fotografías de los hallazgos acontecidos durante el proceso de destrucción. Posteriormente J.L. Maya realizó una intervención arqueológica que permanece inédita.

Recientemente se ha llamado la atención sobre algunos elementos del equipo de los caballos, que han

podido reconsiderarse a partir del análisis de los materiales y, especialmente de algunas fotografías realizadas en 1958 por el Sr. L. Díez Coronel, pudiéndose realizar algunas asociaciones e intentándose relacionar por primera vez las estructuras con sus respectivos ajuares (Garcés 2007; Garcés/Graells 2011; Graells 2011).

A todo ello, recordemos las palabras de E. Ripoll (1959, 276) afirmando que, en una tumba de la necrópolis de la Pedrera, “además de la urna cineraria, se había enterrado un caballo, y tenía como ajuar la típica y bien conservada falcata, con señales de damasquinado, un casco de hierro, varias fíbulas de bronce, brazaletes y otros adornos y una pátera del mismo metal, una figurita de una cierva, fragmentos de un tahalí con incrustaciones de plata y una cabeza humana estilizada, esculpida en piedra caliza...”. El estudio que presentamos a continuación intenta dar explicación a estas tumbas de caballo y a los particulares elementos asociados que han viciado la interpretación y la lectura de la necrópolis, atribuyéndole una cronología errónea.

La falta de documentación del salvamento, las escasas fotografías y las noticias imprecisas y en muchos casos discordantes sobre el hallazgo se juntan, aún hoy, a las dudas sobre el número de tumbas de caballos en la necrópolis, la cronología de las mismas a partir de los elementos metálicos asociados y la incertidumbre de su asociación o no a restos humanos. Pero ¿qué sabemos de esos caballos enterrados en la Pedrera? Después de lo expuesto, son muchas las dudas que surgen y los datos que ignoramos: el ajuar asociado; la especie de équido; la edad en que se sepultaron los caballos; el tipo de deposición, si se trataba únicamente de los cráneos o si por el contrario se trataba de una inhumación completa, el considerar la mutilación de los restos para la deposición en la fosa y, finalmente, el tiempo transcurrido desde su fallecimiento (estado de putrefacción, conexión anatómica, etc.); la causa de muerte: sacrificio, herida en combate, muerte natural, patología indeterminada, etc.; el carácter permanente o no de las inhumaciones de los animales, a partir de la observación de desplazamientos de los restos o no; el modelo de deposición (orientación de los restos); la estratigrafía y la existencia de superposiciones de tumbas o no; el tipo de estructura sepulcral, etc. Pero este desolador panorama obliga a una serie de matices y precisiones. En cuanto a la presencia de caballos en contextos protohistóricos, éstos se han considerado como elementos nobles que distinguen a una élite, no recibiendo una lectura como animales de tiro o de consumo⁴. En esta línea debe mencionarse el trato singular que recibieron numerosos fetos de caballo en la

3.- La tesis de licenciatura inédita realizada por M. Plens en 1986, útil para la identificación de los conjuntos, necesita una importante revisión, en curso por parte del equipo del Institut d'Estudis Ilerdencs.

4.- La deposición de caballos delante de tumbas encuentra casos singulares como el de la tumba de Cimón, a la que se asociaron los caballos que le dieron las tres victorias olímpicas y que, después de muerto el propietario, fueron sacrificados (*Hr.* VI, 103).

fortaleza de Els Vilars de Arbeca, donde eran enterrados dentro del poblado y en situaciones similares a las de los fetos humanos (Nieto *et al.* 2010).

LA DOCUMENTACIÓN

En Cataluña únicamente conocemos los caballos enterrados de la necrópolis de la Pedrera. Según N. Rafel y M. Plens (2002, 256) debemos considerar que se trata de tres caballos y no de dos, como con seguridad presentan las fotografías del descubrimiento (Rabel/Plens 2002, fig. 24-25)⁵. En otras publicaciones se consideran caballos preibéricos (GIP 2003, 262) y se cifran también en número de tres, en asociación a urnas cinerarias. Pero, como es bien sabido, en muchas necrópolis la presencia de inhumaciones de caballos no implica una asociación directa a una incineración ni siquiera a una inhumación, documentándose de manera frecuente en fosas independientes. De hecho, en ninguna fotografía de los caballos de la Pedrera puede identificarse su asociación con ningún vaso cinerario.

Los caballos de la Pedrera presentan un problema importante, que es la manera cómo se recuperaron y se excavaron. Son pocas las fotografías referentes a los caballos que he podido consultar en el Arxiu Fotogràfic de l'Institut d'Estudis Ilerdencs. De ellas la mayoría corresponde a los hallazgos de los elementos metálicos que posteriormente describiré, mientras que sólo unas pocas muestran restos óseos. Si bien el análisis de estas fotografías no puede ser concluyente, creo necesario retomarlas y realizar una serie de consideraciones sobre las mismas. En primer lugar, la posición del cráneo del caballo en una de ellas, que parece estar hincado en el suelo, posición que en ningún caso parecería normal o fruto de un proceso post-deposicional natural, y que podría indicar que se trata de un acto ritual. Por otro lado, un par de fotografías muestran una abundante concentración de huesos, verosíblemente de caballo, que aparecen amontonados y en una posición aparentemente removida. ¿Podría tratarse de una acumulación de restos de deposiciones anteriores?

La descripción de una de estas tumbas la realizaron N. Rafel y M. Plens (2002, 256), quienes observaron una inhumación de caballo relacionada con una urna de incineración y, seguramente, es una confusión a partir de la descripción realizada por E. Ripoll transcrita anteriormente. Por otro lado, de la ausencia en esta descripción de toda mención a frenos de hierro o al bozal de bronce puede ponerse en duda su fiabilidad y pensar que son las otras dos inhumaciones las que se conocen a partir de las fotografías 24 y 25 de las mismas investigadoras.



Figura 2. Hallazgo del bozal de bronce (Arxiu Audiovisual de l'IEI).

Por tanto, a la primera inhumación corresponde un cráneo acompañado de unos frenos de hierro (Rabel/Plens 2002, 255, fig. 24; Plens 1986, fig. 75 o 76) y la segunda inhumación presentaba restos de un cráneo cubierto por un bozal de bronce y aportó también un freno de hierro (Rabel/Plens 2002, 256, fig. 25; Plens 1986, fig. 75 o 76). Esta tumba ha sido fechada tradicionalmente entre finales del siglo VII e inicios del siglo VI a.C. (Maya 1986; Garcés *et al.* 1997, 14; Gómez 2003, 211; Junyent/Pérez 2003, 96), a pesar de que esta datación ha sido puesta en duda a partir de la misma tipología del bozal, que como veremos es posterior. En cualquier caso, no se tuvo en cuenta la descripción de la tumba de caballo que realizó E. Ripoll y que relacionaba el casco de hierro, la falcata y otros elementos con el caballo, por ser los únicos materiales de toda la necrópolis que coinciden en una misma lógica militar, internacional, de prestigio y cronológicamente afín en el s. IV a.C.

Sin ánimo de resolver o complicar más el problema, repito aquí la singularidad de la presencia de équidos en el interior catalán⁶, interpretándose como un área de especial concentración y cría de caballos, tal como

5.- Otro número, mayor, se propone a partir de los frenos de hierro (Garcés 2002b, 200).

6.- Este problema ha sido repetidamente abordado en las distintas publicaciones del GIP-UdL (Gómez 2003, 213).

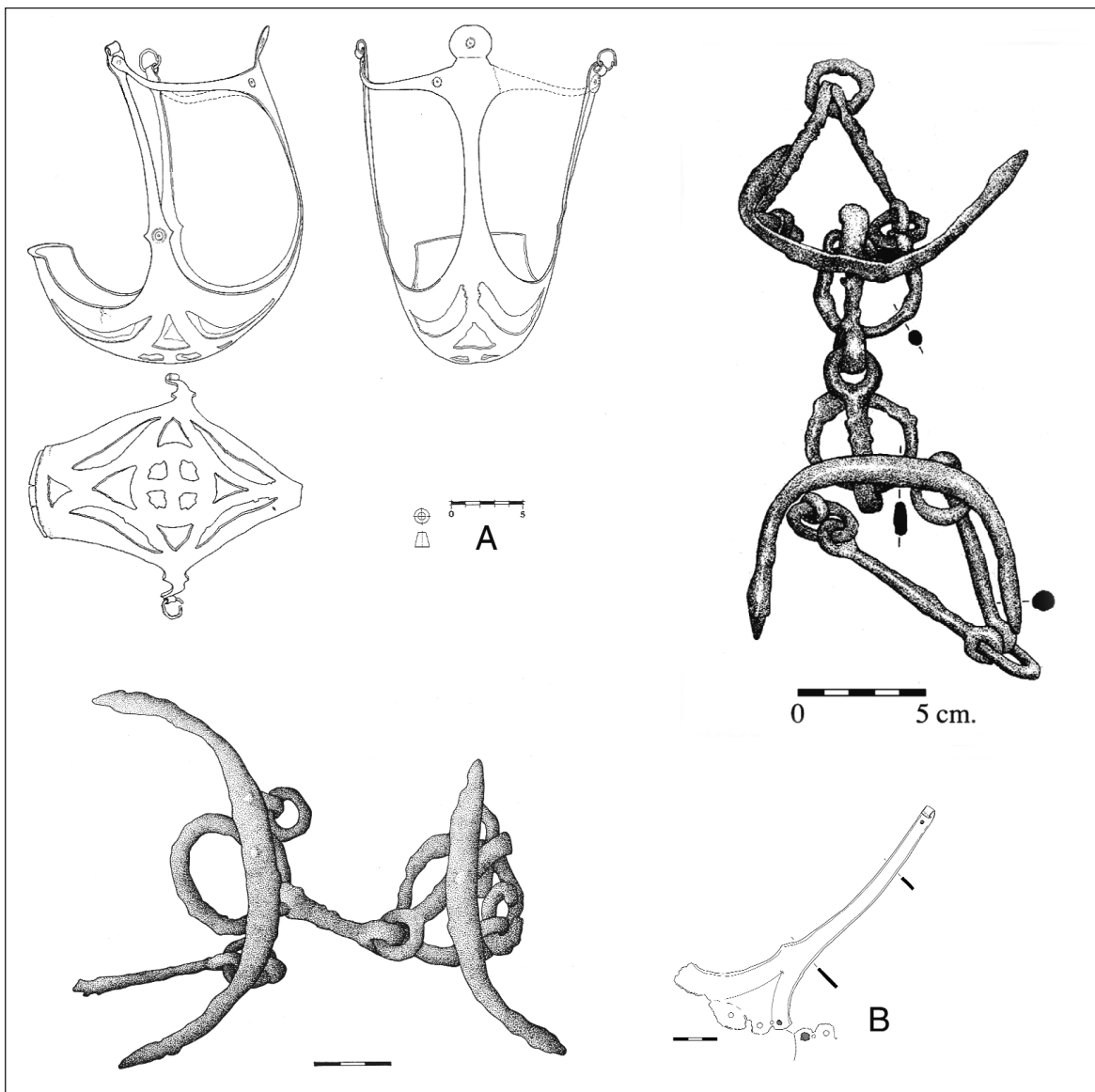


Figura 3. Elementos metálicos para el gobierno del caballo: A.- Bozal L-1211 (Ribes 2002, 198); B.- fragmento de bozal L-10077 (dibujo del autor); Frenos de hierro (Plens 1986).

demuestran los fetos en Els Vilars y el Tossal del Molinet, los cuales evidencian una dedicación concreta a la cría. Si, por un lado, se propone una cría de caballos para su montura y tiro, podemos decir que faltan abundantes elementos del gobierno de los caballos; si, por el contrario, lo que se propone es una cría para el consumo cárnico, los elementos que faltan son los restos de tal consumo⁷.

LA CRONOLOGÍA

Para comprobar la cronología parece necesaria la valoración tipológica de los diferentes objetos relacionados

con los cráneos de caballos recuperados. Afortunadamente, cada uno de los cráneos fue fotografiado *in situ* con sus ajuares y ornamentos asociados. A falta de mayor documentación, se reconocen dos depósitos con cráneos de caballos ricamente aderezados, en un caso con un freno de hierro y un ronزال de bronce y, en el otro, con un bozal de bronce y un freno de hierro. Pero se conoce, al menos, otro fragmento de bozal de bronce, recuperado en 2009 en los almacenes del Museo de Lleida, del que no se conoce asociación alguna con un cráneo de caballo y obliga a plantear la posibilidad de identificar otros depósitos de materiales relacionados con el gobierno del caballo y el prestigio social.

7- En la misma línea X. Gómez (2003, 213) proponía el sacrificio de las yeguas para obtener los fetos, que posteriormente se enterrarían en Els Vilars, pero el discurso está falto de la evidencia de los restos sacrificados de las yeguas.

Tal como ha sido presentado recientemente, el “**nari-gón**” o **ronzal**⁸, consiste en un aro macizo de bronce de sección circular (con un diámetro de la sección de aproximadamente 5 mm.), con sus extremos asimétricos, uno con un pivote y una perforación y el otro hueco y con otra perforación coincidente, pensados para cerrarse uno dentro de otro y fijarse mediante un remache (Lucas 2004, 104; Garcés 2007; Graells 2010, 93-94).

El ejemplar de la Pedrera ha sido recientemente objeto de tres trabajos que, de manera independiente, han coincidido en su atribución y justificación como elemento para el arrastre del caballo (Garcés 2007; Graells 2007; Graells 2010; Lucas 2004). Ha sido I. Garcés quien ha señalado mediante una fotografía de Luis Díez-Coronel (Garcés 2007, fig. 2) la relación contextual de la anilla con un cráneo de caballo y un freno de hierro. Este elemento encuentra escasos paralelos, cuya cronología se sitúa durante el siglo IV a.C. y no antes (La Regenta; Serreta d’Alcoi, Puntal dels Llops; Torre d’Onda; Solaig; Cáceres el Viejo; Numancia; T.200 del Cigarralejo; santuario del Cigarralejo).

Por lo que se refiere a los **bozales**, hasta hace poco se conocía únicamente un único ejemplar, completo, pero la adecuación del nuevo Museo de Lleida ha permitido localizar un segundo ejemplar (N.º Inv. L-10077).

El bozal 1 de la necrópolis de la Pedrera (N.º Inv. 1211) ha sido repetidamente foco de interés y desde el inicio ha sido fechado con una cronología de finales del siglo VII e inicios del siglo VI a.C., aunque sin presentar paralelos al respecto y únicamente citando un paralelo en el Museo Anderson de Berlín con una cronología de s. IV a.C. El bozal presenta unas dimensiones de 21,6 cm. de longitud y 10 cm. de anchura máxima. Presenta la parte frontal decorada con una rueda calada entre 4 semicírculos también calados. Este tipo de decoración con calados en la parte frontal del bozal es el elemento definitorio del grupo de bozales tipo “Pedrera”. (Garcés/Graells 2011, 26-28, fig. 21; Graells 2010, 94-99, fig. 16 y 17).

Del bozal 2 se conserva el brazo lateral izquierdo doblado y con numerosas evidencias de haber sido reparado de antiguo, tal como atestiguan 6 agujeros para remaches (uno de ellos presenta aún el remache *in situ*). Este segundo bozal corresponde al mismo tipo que el ejemplar 1, a pesar de las variaciones tanto en la forma como en la decoración, que también encontraremos en toda la serie de bozales con calados de tipo Magnogriego-Macedonio (Garcés/Graells 2011, 28, fig. 22; Graells 2010, 94-99, fig. 18 y 19).

Sobre el origen de estas piezas se ha reproducido la propuesta de interpretación de W. Shule que las consi-

deró de origen traco-cimerio (Garcés 2002a, 190, con bibliografía; GIP 2003, 262). Pero los paralelos de este elemento se concentran en otro contexto y en otra cronología, de manera que es indispensable caracterizar tipológicamente el bozal.

El estudio de los bozales de caballo antiguos lo inició E. Pernice, que consideró los ejemplares del tipo de la Pedrera como producciones griegas. Posteriores hallazgos han permitido concretar más esta afirmación y muestran un área de concentración significativa entre la región mesápica y apula (actual región de Puglia, Italia) y las costas adriáticas de Macedonia, aunque algún ejemplar ha sido reconocido también en contexto peloponésico. Al mismo tiempo la cronología para estos ejemplares se concentra, a partir de todos los casos con contexto fiable, en el siglo IV a.C. El bozal del Berlin State Museum, procedente de una tumba de Beocia, se recuperó junto a dos frenos en una tumba fechada en el s. IV a.C. (Anderson 1961, 56, n. 9). Este ejemplar se identificó como un *Greek Muzzle* a partir de la ya citada propuesta de E. Pernice. Por otro lado, el ejemplar de la colección White-Levy de New-York, fechado entre el 330 a.C. (Mannino 2003, 715), apareció en una tumba apula con panoplia de guerrero completa, de la que desconocemos las características. El ejemplar procedente del santuario de Vigna Nuova en Crotona (LaGenière 1997, 261), sin contexto seguro, aporta el dato de su localización, mientras que los ejemplares del British Museum (de procedencia incierta, Walters 1899, 352⁹) y del Louvre, de la antigua colección Campana (n.º inv. 1517 y 1518; DeRidder 1915, 26, pl. 71), aportan únicamente datos tipológicos. Por otro lado, en la tumba de Makryghialos, de la necrópolis septentrional de Pydna, hallada en 1983, se documentó una representación de un bozal de bronce muy próximo al recuperado en la necrópolis de la Pedrera. La tumba en cuestión responde al tipo normal de tumbas de cámara, con decoración pintada con motivos que representan una serie de elementos de la esfera militar y de la higiene masculina. La tumba de Makryghialos tiene pintada sobre las paredes la representación de, en palabras de Polito (1998, 75), una espada y *finimenti* de caballo. A partir del análisis del ajuar, la tumba se fecha el tercer cuarto del siglo IV a.C. (Para un estudio de estos elementos vid. Faklaris 1985; Faklaris 2010; Garcés/Graells 2011; Graells 2010, 94-99, fig. 20-23; Mannino 2003, 715, tav. XXIII.2-3).

Varios son los **frenos** articulados de hierro que se conocen de la necrópolis de la Pedrera. Según propone Garcés serían cuatro, pero sólo hay evidencias de dos, reproducidos en el trabajo M. Plens. Corresponden a un

8.- Para un debate sobre el uso del término “nari-gón” contra el término “ronzal” v. Garcés 2007, 70-71, con bibliografía sobre los problemas de uso y datos arqueozoológicos.

9.- Br.2877. Horse’s Muzzle (φιμός αὐλώτος). Este ejemplar habría pertenecido a la antigua colección Castellani, de la que se adquirió en 1873. Además deben añadirse los ejemplares con n.º inv. 2878 y 2879, procedentes de Ruvo, pero de un tipo evolucionado sin oberturas.

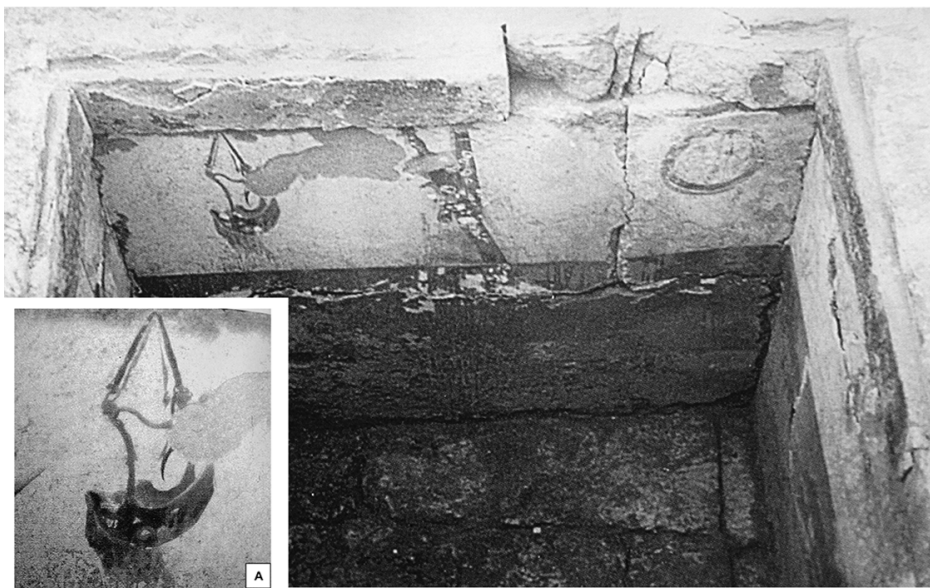
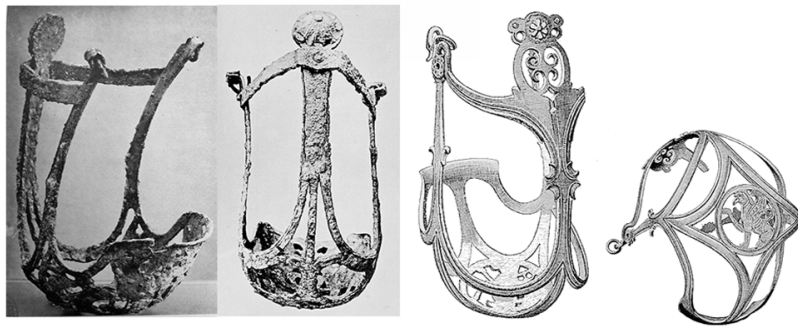
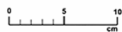
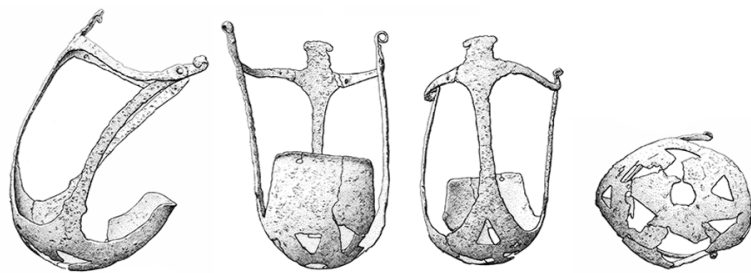


Figura 4. Paralelos de los bozales de bronce. En la parte superior bozal del MAC-Barcelona (de Garcés/Graells 2011, fig. 23). En la parte central izquierda, bozal de una tumba recuperada en Beocia (de Garcés/Graells 2011, fig. 5). En la parte central derecha, bozal de Ruvo di Puglia hoy en el British Museum (a partir de Garcés/Graells 2011, fig. 14). En la parte inferior, tumba de Pydna con bozal pintado en su pared (de Garcés/Graells 2011, fig. 16) y ampliación del bozal (de Graells 2010, fig. 22.A).

tipo evolucionado que se distancia de la cronología propuesta hasta hoy (650-500 a.C.), al poderse afirmar que no corresponden al tipo Szentes-Vekerzúg (Garcés 2002b, 200; Id. 2007, 69; Schüle 1969, 46 y 126), sino a un tipo del s. IV a.C (Graells 2010, 100-106).

Los frenos de la Pedrera presentan otra particularidad que permite proponer su cronología en el siglo IV a.C., distanciándose otra vez de los frenos articulados de la primera edad del hierro. Se trata de las protuberancias en los vástagos, elementos que funcionaban como pinchos para ejercer un mayor control sobre el animal debido al dolor que estos infringían en lengua y paladar. Finalmente merece la pena señalar las terminaciones de las cachas laterales de los frenos, en forma de bellotas. Estos elementos se encuentran de manera recurrente en producciones magnogriegas y griegas de época clásica y helenística. Quizás estos elementos permiten, también, proponer los frenos como elementos importados, junto a los bozales.

EL AJUAR Y EL ARMAMENTO

Como advertía en el inicio de este trabajo, la única noticia que nos ha llegado del conjunto de armamento y caballos de la necrópolis de la Pedrera es la descripción de una tumba singular que realizó E. Ripoll. El análisis de tan sucinta narración no permite hoy en día la identificación de la urna cineraria asociada al caballo. Siguiendo con esa misma descripción, otro problema lo supone la identificación de los brazaletes y las fíbulas (varias según E. Ripoll), que no son fácilmente reconocibles. A tal efecto, la consulta del trabajo de M. Plens tampoco permite considerar, con una cronología afín, más que una única fíbula, correspondiente al ejemplar 69 del catálogo de la sala de Arqueología del IEI (Ribes 2002, 164), y un único brazalete que corresponde al ejemplar 76 del mismo catálogo (Ribes 2002, 171). Ambos elementos presentan paralelos en distintos ajuares de las necrópolis del Ebro medio, como El Castillo (Faro/Cañada/Unzu 2002-2003, 72 y 73; Faro/Unzu 2006, fig.19B y 20B).

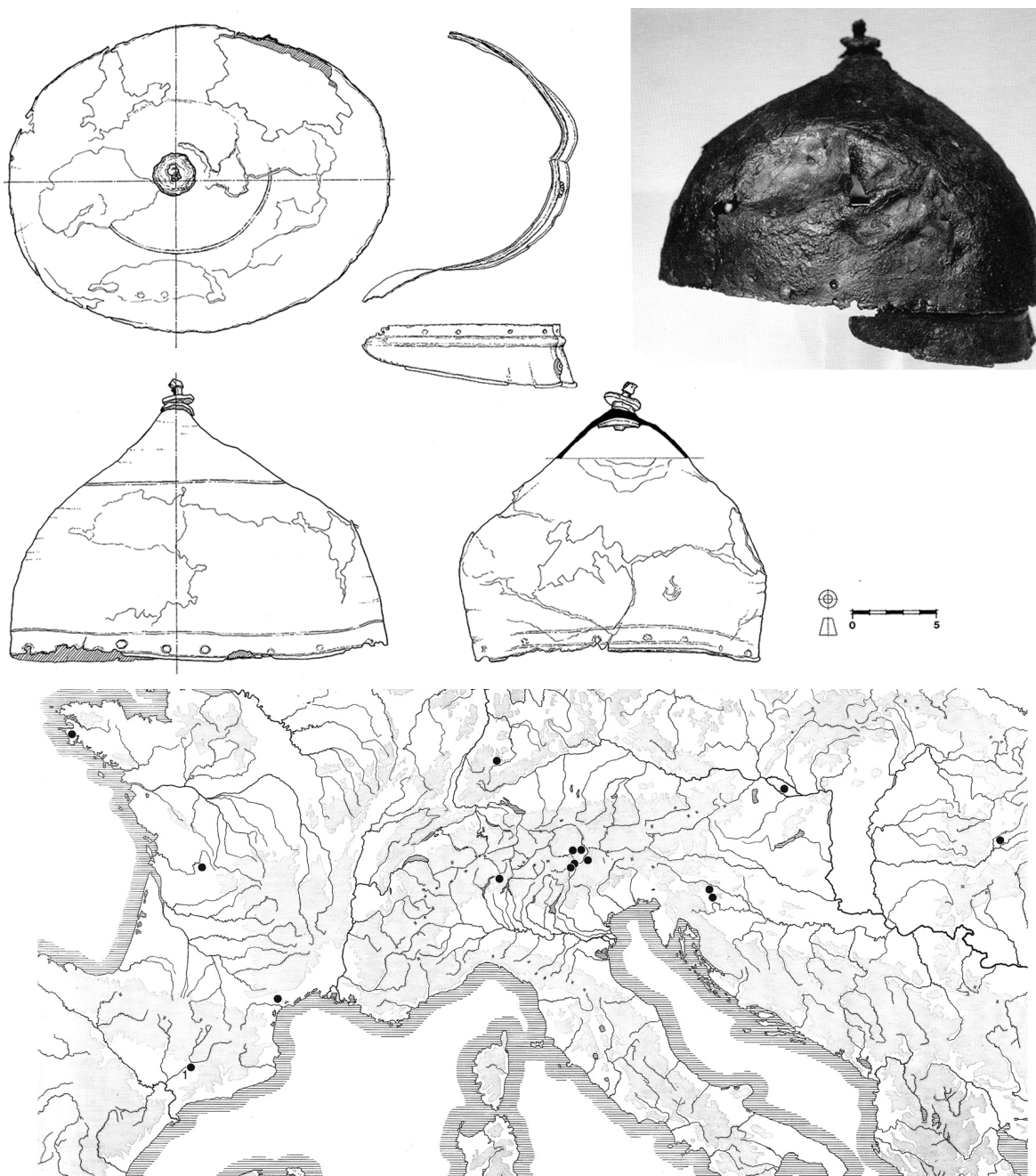
También la pátera presenta distintos problemas de identificación. En primer lugar no sabemos a qué vaso metálico recuperado en la necrópolis se refiere E. Ripoll cuando lo llama pátera. En el caso de que se refiera a la pátera con pie de bronce, hemos demostrado ya su adscripción tipo-cronológica (Graells 2010), a pesar de poder compararla ahora con los llamados vasos de "pie de embudo". Abundantes principalmente en el sur peninsular (Espartinas, Cerro Macareno, Benalúa de las Villas y Cancho Roano), su tipología es cada vez mejor conocida y también se documenta en el interior peninsular (Miraveche, etc.).

El casco de hierro ha sido fechado entre el siglo IV e inicios del siglo III a.C. (Graells 2010, 111-113). Está for-

mado por dos piezas, calota y guardanucas, halladas en distintos momentos de los trabajos de recuperación de la necrópolis (núm. inv. L-880 y L-2376). El diámetro largo de la base es de 22 cm. por 17 cm. de ancho, mientras que la altura máxima es de 18,5 cm. Es posible que las dos piezas, a pesar de las observaciones señaladas (Ribes 2002), puedan corresponder al mismo casco por la coincidencia de los agujeros de unión entre ambas. Además, una serie de agujeros en el casquete permiten suponer la existencia (hoy sin los elementos físicos) de dos protecciones laterales móviles. Están evidenciadas por dos agujeros en cada lateral inferior del casco; otros agujeros, de menores dimensiones, se reconocen a media altura del casquete, supuestamente para decoración del mismo. Los estudios de U. Schaaff (1974 y 1988) permitieron identificar el tipo bajo el descriptivo nombre de *Eisenhelme mit einfacher Kalotte und angesetztem Nackenschutz*, dentro del grupo de los *Keltische Helme*, planteando una cronología comprendida entre los siglos IV y II a.C. y una especial concentración en el ámbito del norte de los Alpes pero que encuentran numerosas continuidades en lo que a la Península Itálica se refiere (Schaaff 1974, 173-193; Id. 1988, 299; Vitali 1991, 262). Volviendo a la dispersión planteada por U. Schaaff (1988, 299, Abb. 11), el ejemplar de la Pedrera aparece relacionado con los cascos de Ensérune, Agris, St. Jean Trolimon (estos tres ejemplares en territorio francés), Nebringen, Giubiasco, Castelrott, Vadena, Sanzeno, impreciso pero del sur del Tirol, Wahrscheinlich Südtirol, Trbinc, Mihovo Grab 1655/58, Holiare y Silivas.

La *falcata* recuperada en la necrópolis de la Pedrera (n.º inv. L-879) presentaba ciertas dudas para F. Quesada, quien la consideró desprovista de un contexto arqueológico preciso y, aun así, consideró que el s. IV a.C. era la cronología más probable (Quesada 2002, 205; Graells 2010, 113-115). Ahora estamos en disposición de aceptar la asociación que presentaba Ripoll, en el marco de una cronología de s. IV a.C. Pero, tipológicamente, ¿qué problemas plantea este ejemplar y cuál es su procedencia? Como ya ha sido señalado, los ejemplares más próximos al ejemplar de la Pedrera son las falcatas de las tumbas 1 y 182 de la necrópolis del Cigarralejo y otro ejemplar del SIP-Valencia. Como argumentó F. Quesada, los ejemplares de mayores dimensiones, de este tipo de espadas, corresponden a producciones del sureste peninsular y representarían una producción importada de aquella zona (Quesada 2002, 206), pues la idea de una producción local quedaría como explicación de difícil justificación si atendemos a las cartas de distribución de ejemplares (Quesada 1997, 70, fig.10).

A esta espada se pueden asociar dos fragmentos del sistema de suspensión de la misma, llamados "fragmentos de un tahali", que presentan una curiosa decoración de incrustaciones de plata en forma de hojas de hiedra (Graells 2010, 115, fig. 39).



150

Figura 5. En la parte superior, casco de la Pedrera (Dibujo de Ribes 2002, 202; Foto del Arxiu Audiovisual de l'IEI). En la parte inferior, mapa de distribución de los cascos tipo *Eisenhelme mit einfacher Kalotte und angesetzttem Nackenschutz* (Schaaff 1988, Abb.11).

Este curioso conjunto encuentra pocos paralelos en el nordeste peninsular, siendo sin duda los más próximos los hallados en la estructura 11 de la necrópolis de El Castillo (Faro/Cañada/Unzu 2002-2003, 70).

La **espada de hoja recta** ha sido recientemente objeto de una interesante revisión en el marco de un estudio sobre las espadas de tipo La Tène en el nordeste de la Península Ibérica (García 2006; Graells 2010, 115-117, fig. 40-41). En este trabajo la espada aparece inventariada como

n.º 83¹⁰, con unas dimensiones máximas de 69,5 cm. de longitud, 4 cm. de anchura máxima y 1 cm. de anchura de la espiga, con un remate esférico y una sección de la hoja en cuatro mesetas (Ripoll 1959, 276; Quesada 1997 y 2002; García 2006). La espada de la necrópolis de la Pedrera aparece como una espada de “probable” adscripción tipológica al tipo III de G. García (2006, 156, 182, fig. 90). La cronología tradicionalmente aceptada para esta espada se sitúa en el período La Tène I, con una data-

10.- Anteriormente había sido inventariada como 3067 (Quesada 1997). El inventario del Museo de Lleida es L-1194.

ción anterior al 280 a.C.¹¹, a la que G. García ha realizado una serie de objeciones esclarecedoras (García 2006, 56). En primer lugar, recuerda la amplia cronología de la necrópolis que, si bien puede empezar entre los siglos XI-IX a.C., es fácil que perdure, como el poblado, hasta el siglo III a.C. La cronología más moderna de la pieza, a inicios del s. III a.C. (Quesada 2002, 196) permite algunos comentarios ya que si Quesada propuso esta cronología a partir de la proximidad de este ejemplar con otros ejemplares centroeuropeos, G. García ha presentado una cierta proximidad con su tipo III, fechado entre finales del s. III a.C. y la mitad del s. II a.C. De todos modos, y como advierte el mismo G. García, los argumentos por él presentados son tan débiles como los de F. Quesada y concluye aceptando la cronología de la pieza, no sin dudas, a inicios del s. III a.C. Como veremos, la cronología de Quesada parece más lógica en el marco de los restantes elementos de panoplia documentados en la necrópolis de la Pedrera.

UNOS AJUARES COMPLEJOS

Los conjuntos y procedencias que hemos presentado implican retomar la idea del mercenariado ibérico en el Mediterráneo. Esta propuesta fue sugerida para dar explicación al hallazgo de una serie de ocultaciones de monedas griegas en la península ibérica y a la presencia de algunos, pocos, objetos de tradición ibérica en santuarios panhelénicos. Para explicar esta presencia se suele sugerir la participación de mercenarios iberos en las grandes batallas del Mediterráneo de la segunda mitad del s. VI a.C., todo el s.V y podría aceptarse igualmente una participación en los acontecimientos bélicos del s. IV a.C. tanto en el sur de Italia como quizás también en el Mediterráneo oriental (García-Bellido 1974; Luque 1984), que perdurarán hasta época romana. Sin querer invalidar la propuesta de A. García y Bellido sobre la presencia en el Heraion de Olimpia de un broche de tres garfios como ofrenda votiva o la de Moran Cabré sobre un broche de 2 garfios en el Témenos de Corfú, también ofrendado tal como lo atestigua su inclusión con otros materiales votivos, debemos sugerir otra forma de circulación de estos elementos en santuarios panhelénicos. Se trataría de ofrendas en el marco de *spolia hostium*, después de que ejércitos griegos derrotaran a ejércitos en los que la presencia de mercenarios ibéricos hubieran participado. En esta línea no debe descartarse la hipótesis de J. Luque, que propone un abastecimiento en costas catalano-languedocienses de plata de los Piri-

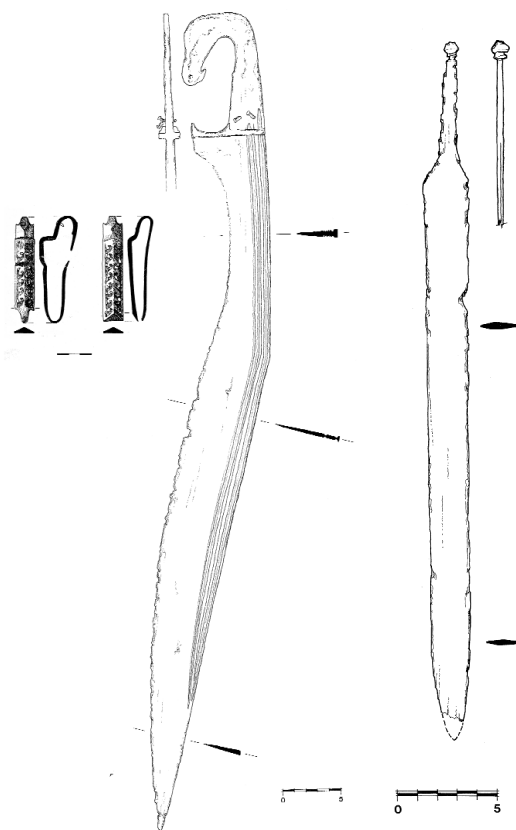


Figura 6. Espadas de la necrópolis de la Pedrera: a la izquierda, falcata (Ribes 2002, 205); a la derecha, en la parte superior, pareja de elementos de suspensión (Ribes 2002, 208); a la derecha, abajo, espada de hoja recta (Ribes 2002, 196).

neos¹² y de mercenarios por parte de fenicios y griegos (Luque 1984, 6). La primera afirmación explicaría la presencia de los broches en los santuarios en tanto que elementos ofrendados como expresión de los contactos coloniales mientras que la segunda permitiría leerlos como ofrendas votivas por parte de griegos después de haber derrotado ejércitos púnicos con presencia de iberos.

Como es bien conocido, la victoria siracusana ante los cartagineses del 410 a.C. dio alas a Dionisio el Viejo que rápidamente impuso una política expansionista que se consolidó inmediatamente con la victoria sobre los atenienses después de la toma de Reggio (388-387 a.C.), tomando el control de las ciudades griegas de Italia. Es también a partir de este momento cuando Dionisio emprendió una campaña de castigo hacia el norte, con el saqueo del santuario de Pyrgi y el control naval del mar sardo, y simultáneamente inició una colonización hacia la península itálica y el Adriático y se

11.- Como es bien sabido, las espadas de hoja recta de tipo céltico sufren un progresivo proceso de estandarización que culmina en el último cuarto del s. IV a.C. (Dore 1995, 41).

12.- Ahora sabemos que también debemos considerar el abastecimiento de plata de otras zonas, especialmente del Priorato. Para una visión de conjunto v. Rafel/Montero/Castanyer 2008, con bibliografía.

acercó a las poblaciones galas como se deduce de las fuentes clásicas (Justino 20, 5, 5). Se trataría, como propuso M.Palottino (1980, 234), de los galos introducidos en la región de la Apulia, que ocuparían el litoral adriático¹³ y que posiblemente habitarían el Alto Adriático y permitirían así la expansión siracusana en esa región (que culmina con la fundación de Adria).

Es en este contexto en el que de manera recurrente aparecen los mercenarios ibéricos en el Mediterráneo¹⁴. Citados ya en boca de Alcibíades ante los espartanos (Tuc. VI, 90, 2), serán una interesante fuerza de combate repetidamente utilizada, principalmente por parte de los púnicos y, de manera no menos clara, por los griegos. En relación al reclutamiento de mercenarios ibéricos por Hannibal en el 410 a.C. para la conquista de Sicilia y, especialmente, para hacer frente a Selinunte, Himera, Akragas, Gela y Siracusa¹⁵, se ha llegado a plantear un contingente de 20000 iberos (García y Bellido 1948, 230), aunque las fuentes se limitan a considerarlo como un grupo “numeroso” (Diodoro Sículo XIII, 44,6). Para la guerra del 396 a.C., Himilkon reclutó nuevamente un número similar de mercenarios iberos (García y Bellido 1948, 232), a los cuales abandonó durante su retirada de la guerra a las puertas de Siracusa; fueron los iberos quienes negociaron una alianza, incorporándose como mercenarios a los ejércitos de Dionisio de Siracusa (Diodoro Sículo XIV, 75, 8-9). También puede desprenderse de Plutarco (Tim., 28) su presencia en la contienda entre Timoleón y las fuerzas cartaginesas a orillas de Crimiso (340 a.C.) (Barceló 1991, 23) y, como es bien sabido por las fuentes, su reclutamiento por parte de púnicos será una constante que perdurará hasta la segunda guerra púnica (Silio It. *Púnica*, 3).

Tal como supuso A. García y Bellido (1948, 234), la participación de los mercenarios iberos en los conflictos de Sicilia y Magna Grecia sería segura a partir de su incorporación como grupo armado a las órdenes de Siracusa. Si bien no tenemos ninguna noticia escrita sobre ello, es de suponer con un alto grado de fiabilidad. De esta manera, es necesario considerar los conflictos en los que participó Siracusa durante el s. IV a.C. para entender la presencia de estos mercenarios en territorio suritalico y griego. A tal efecto, cabe considerar el caso del intento tebano de conquistar Corinto (368 a.C.). Es en este episodio en el que encontramos por primera vez unidos en un mismo contingente a iberos y celtas, enviados por Dionisio de Siracusa en ayuda de los espartanos (Xen.VII, 1,20). Estos mercenarios, 2000 en total, fueron contratados por cinco meses (Diodoro XV, 70,1).

Es de señalar también que, en la conquista de Sicilia de finales del s. V a.C., los mercenarios iberos lucharon conjuntamente con mercenarios campanos a las órdenes de los generales cartagineses. Este hecho es especialmente significativo para considerar la proximidad, ya reconocida en otros planteamientos, entre la Campania y la Península Ibérica. A tal efecto, véase la incidencia del desplazamiento de gentes de la Campania hacia occidente en el s. III a.C.

La presencia de mercenarios ibéricos continuó a lo largo del s. IV a.C., tanto entre las tropas siracusanas (Diodoro XX, 11,1) como en las tropas cartaginesas, como lo demuestra la derrota cartaginesa de Crimiso, donde cayeron un gran número de púnicos, cuando lo normal, como transcribía F. Quesada (1997, 658), sería que fueran los mercenarios libios, nómadas e iberos (Plutarco, *Timoleón*, XXVIII).

Pero volvamos a la cronología que atañe a los conjuntos de la Pedrera, el s. IV a.C. y preguntémosnos ¿qué elementos tenemos en esta necrópolis que puedan fecharse en esa cronología? Sin poder considerar con seguridad la cerámica, podemos situar en el s. IV a.C. los dos bozales de bronce, el narigón y los frenos, el casco de hierro, la falcata, la espada de hoja recta y un fragmento de síntula de bronce de tipo del entorno ápulo-epirota-macedonio. Si analizamos brevemente estos materiales nos damos cuenta que proceden todos de lugares distintos. El casco corresponde a una producción céltica alpina de finales del s. IV a.C. (Quesada 1997, 559; Schaaf 1974; Graells 2010, 111ss.). La falcata corresponde a un ejemplar del tipo A de Quesada (2002, 205; Graells 2010, 113ss.), de probable producción en el sureste de la península ibérica. Si atendemos a los comentarios de E. Ripoll (1959, 276) sobre las circunstancias de su hallazgo, el casco y la falcata aparecieron en la misma tumba, igualando la cronología a finales del s. IV a.C. A continuación, la espada de hoja recta o tipo “La Tène-I” ha sido propuesta como un producto céltico de la primera mitad del s. IV a.C. (Graells 2010, 115ss.). Finalmente, la síntula de bronce correspondería a una producción suritalica-epirota-macedonia del s. IV a.C.

Esta relación de objetos permite una serie de consideraciones. En primer lugar, reduce, más si cabe, la opción de interpretar los bozales de bronce de la necrópolis de la Pedrera como unos elementos de prestigio intercambiados con comerciantes mediterráneos. Como se observa entre los materiales de la necrópolis y, en general, en todo el territorio ilergete, no hay apenas importaciones mediterráneas durante

13.- Posiblemente entre Rimini y Ancona, en lo que será el *Ager Gallicus*.

14.- Cabe decir que no se consideran como tales los mercenarios baleares que tantas veces habían sido englobados en un mismo grupo con los peninsulares por A.García y Bellido, entre otros.

15.- Para el asalto de Selinunte (Diodoro XIII, 56, 6), para el asalto de Himera (Diodoro XIII, 62 1 y 2), para la batalla contra las tropas enviadas por Siracusa en ayuda de Gela (Diodoro XIII 110, 5 y 6).

este período y es extremadamente significativo que la mayoría de las importaciones documentadas en la necrópolis de la Pedrera correspondan a un mismo período cronológico y a unos elementos directamente relacionados con la panoplia militar. En segundo lugar, todos los elementos anteriormente considerados encuentran un punto de conexión en territorio suritálico. Como hemos observado a partir de los datos de las fuentes, los mercenarios ibéricos participan en las guerras del s. IV a.C. en Sicilia, la Magna Grecia y el Peloponeso, guerras en las que forman ejércitos de mercenarios junto con celtas y campanos. Pero se puede complicar más, si cabe, la situación al proponer diferentes puntos de reclutamiento en la Península Ibérica y que pondrían sobre la mesa las distintas concentraciones de hallazgos de moneda griega en el s. IV a.C. (unos en el sureste y otros en Cataluña, en sentido amplio) y relacionarían el hallazgo de la falcata de tipo sureste con el casco de la sepultura 478 de la necrópolis del Cigarralejo, tumba que presenta un ajuar de caballero complejo y que presenta un casco próximo al de la necrópolis de la Pedrera.

En relación a todo lo presentado hasta el momento, parece importante señalar la costumbre que se ha documentado para la circulación de algunas armas, ejemplificada con la adquisición de cascos etruscos en contextos suritálicos. En el hipogeo de Gnatia de 1846-1847 (hoy en el MAN-Nápoles) se recuperaron tres cascos. Dos de ellos encuentran paralelos con ejemplares documentados en el Mediterráneo occidental, uno del tipo Vetulonia (MAN-Napoli n.º inv. 5692) y otro del tipo suritálico-calcídico (MAN-Napoli n.º inv. 5740). Esto responde, como ha sido repetidamente considerado, a una costumbre típica del mundo peuceta y de la península salentina, que consiste en la inclusión de elementos militares importados en sus contextos emergentes. A tal efecto deben recordarse, por ejemplo, las tumbas peucetas citadas por F.G. LoPorto (1996) en las que serían frecuentes los cascos corintios, las cnémides y los elementos de ornamentación equina; o los ejemplos recordados por K. Mannino (2003) en los que elementos de panoplia militar etruscos e itálicos, en general, aparecerían en tumbas de personajes singulares locales.

Así, los numerosos conflictos militares que convulsionaron el sur de Italia durante el s. IV a.C. concentraron todo tipo de mercenarios. Desde los mercenarios celtas que merodeaban aún por la península itálica, desde el saqueo de Roma, a los mercenarios de la Península Ibérica sobre los que, a tenor de los hallazgos arqueológicos, tendría sentido identificar un foco de contacto recurrente en el sureste.

La posibilidad de concentrar en territorio magno-griego la procedencia de los distintos elementos de panoplia que se documentan en la necrópolis de la Pedrera permite considerar que formarían dos conjuntos

que posteriormente se desplazarían, con el retorno de los mercenarios ilergetes, depositándose en las tumbas de caballo. Considero así que pueda tratarse de dos conjuntos idénticos en función de la presencia de dos bozales distintos de bronce, dos espadas (la falcata y la espada "La Tène-I") y dos cascos, si aceptamos las consideraciones de M. Plens que situaba a cierta distancia el hallazgo de los dos fragmentos de casco (Plens 1986), a los que podrían añadirse (de poder confirmarse) los caballos, también de importación, y, en uno de los dos conjuntos, la sítula de bronce.

CONCLUSIONES

Los sepulcros con caballos se sitúan lejos de cualquier tipo de ofrendas alimentarias (Ménies 2002, 11). La deposición de caballos enteros implica una relación íntima entre el propietario y su caballo y, al mismo tiempo, una voluntad pública de la sepultura. Esto implica la realización de un importante número de variaciones en el ritual funerario: la excavación de una fosa de dimensiones muy superiores a la media de los *loculi* realizados para depositar los restos humanos y la aceptación de animales en el espacio sacro/funerario. Aunque de los sepulcros de caballos de la Pedrera no se conoce ni la forma ni las dimensiones totales de las fosas, ni tan siquiera se conservan los restos -a partir de los cuales podríamos saber si los animales fueron depositados mutilados, descarnados, en avanzado estado de descomposición (como en los casos de las tumbas-silo de Wettolsheim o Nanteuil-sur-Aisne) o si se cortaron los tendones para así poder depositarlos en un espacio menor-, tenemos que suponer que se trata de grandes fosas, que representan, al mismo tiempo, una mayor implicación social del grupo y una mayor ocupación de la superficie útil del espacio de la necrópolis.

Así, la presencia de inhumaciones de caballos no sería anodina dentro de las tumbas monumentales ya que el sacrificio de un caballo sería seguramente una operación honrosa que incumbiría tanto al personaje como a su familia (Malama/Gardeisen 2005, 180).

La cronología de los elementos relacionados con los caballos de la Pedrera permite hablar de una sociedad con capacidad de acumulación y exhibición de riqueza así como de amortización de la misma a mediados del s. IV a.C., en base a una costumbre frecuente en el Mediterráneo. Con elementos para el gobierno de los mismos de tradición peninsular y el bozal, de importación macedonia. ¿Pero puede aceptarse también una importación de los caballos? La respuesta, como apuntaba en el inicio del trabajo, sigue siendo imposible debido a la falta de elementos de contrastación como serían los propios esqueletos de los caballos.

Concluyendo, de las tumbas de caballo del s. IV a.C. de la necrópolis de la Pedrera en Vallfogona de Bala-

quer se desprenden dos hechos de singular importancia: por un lado, el trato diferencial de determinados animales, que reciben sepultura, y, por otro lado, la inmersión de la élite ecuestre local en unas tradiciones y un comportamiento circunmediterráneos.

Si bien la sepultura de caballos con los elementos que servirían para su gobierno es escasa y siempre relacionada con gestas y cultos específicos (Almagro-Gorbea/Torres 1999), los caballos de la Pedrera se presentan con la más completa panoplia ecuestre, de tal manera que pueden identificarse como sepulturas distinguidas, con un trato diferencial para los animales y para sus propietarios. Pero la frecuencia de sepulturas de caballos durante el s. IV a.C. en todo el Mediterráneo permite relacionar los caballos de la Pedrera con una práctica habitual y un imaginario común de largo alcance entre las élites ecuestres mediterráneas. Un esquema de representación social común, pero inconexo, con las realidades bélicas de otros puntos del Mediterráneo¹⁶, ¿o quizás debamos preguntarnos si el siglo IV a.C. es también en el interior de Cataluña un período convulso con repetidas acciones bélicas?¹⁷.

Como recientemente ha sido señalado, el momento de máxima expansión territorial, socio-económica y política de la sociedad ilergeta se sitúa entre los siglos IV y II a.C. (Asensio *et al.* 2004, 77), momento en el que se documentan las sepulturas de caballos de la necrópolis de la Pedrera. Y, tal como ha sido propuesto, este poder ilergeta podría forjar su capacidad y su estructura de aglutinamiento y coerción en los sustratos de la primera edad del hierro, pero del mismo modo puede aceptarse una “revolución” local que permitiría un mayor y mejor aprovechamiento de los recursos y posibilidades de la región y de la sociedad del Llano interior de Cataluña, que podrían identificarse con estímulos observados en otros territorios o que podrían adoptarlos después de un enrolamiento y desplazamiento de parte de sus élites y guerreros por motivos complejos como el honor, la búsqueda de riquezas o la dependencia con otros grupos y que a su regreso traerían consigo panoplias y avances tecnológicos y sociales.

Así, la participación de grupos armados ilergetes en las contiendas militares del Mediterráneo central daría explicación a este desarrollo cultural y de organización social diferenciada respecto al resto de grupos ibéricos del nordeste, siendo la prueba material el conjunto de elementos de prestigio (militar) formado en el sur de la Península Itálica y enterrado en la necrópolis de la Pedrera. Quizás los ajuares de la necrópolis de la Pedrera remitan a unos príncipes como aquellos recordados por las fuentes en el marco de las colaboracio-

nes senónicas-siracusanas, en el sentido de que estos elementos constituyan las evidencias más antiguas de las tumbas de los primeros príncipes mercenarios ilergetes.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO-GORBEA, M., TORRES, M. 1999, *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania Céltica*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

ANDERSON, J.K. 1961, *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.

ASENSIO, D., CARDONA, R., FERRER, C., MORER, J., POU, J., SAULA, O. 2004, Noves intervencions arqueològiques a l'assentament fortificat ilergeta dels Estincells (Verdú, Urgell), *Oppidum* 3, 63-78.

DeRIDDER, A. 1915, *Les bronzes antiques du Louvre, II. Les instruments*, Paris.

DORE, A. 1995, L'armamento lateniano in Italia: riflessioni e proposte per un corpus, *Ocnus* 3, 37-45.

FAKLARIS, P.N. 1985, Pertrachelion, *Arch.Delt.* 40, 1-16.

FAKLARIS, P.V. 2010, Κημός (Horse-Muzzle). In: D. Triantaphyllos / D. Terzopoulou (Eds.): *Horses and Wagons in the Ancient World*, Orestiada 30/09/2006, 199-229.

FARO, J.A., CAÑADA, F., UNZU, M. 2002-2003, Necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones, Campañas 2000, 2001, 2002, *Trabajos de Arqueología Navarra* 16, 45-77.

FARO, J.A., UNZU, M. 2006, La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones: campaña 2000-2002, *Complutum* 17, 145-166.

GALLART, J., JUNYENT, E. 1989, *Un nou tall estratigràfic a la Pedrera, Vallfogona de Balaguer, La Noguera, Lleida*, Lleida, Quaderns del Departament de Geografia i Història de l'Estudi General de Lleida, Col. Espai/Temps 3.

GARCÉS, I. 2002a, La societat a l'època ibèrica, in J.L.Ribes (ed.), *Sala d'Arqueologia: catàleg*, Lleida, Quaderns de la Sala d'Arqueologia 2, 181-190.

GARCÉS, I. 2002b, Fre de cavall, in J.L.Ribes (ed.), *Sala d'Arqueologia de l'IEI. Catàleg*, Lleida, 200-201.

GARCÉS, I. 2005, Ilergetes i lacetans occidentals. Deu anys de recerques i algunes propostes de síntesi, *Món*

16.- A tal efecto, recordemos las frecuentes representaciones de guerreros en contextos suritalícos, en el marco de los conflictos sanníticos, lucanos, mesapios y ápuulos, y también la conquista militar romana hacia el sur de Italia (para una síntesis v. Pallottino 1980 y Tagliamonte 1997 y 2000).

17.- Estas preguntas conllevan de manera insalvable otros problemas de índole arqueológica como es la identificación de armamento, destrucciones y otras pruebas en los hábitats catalanes del período, siendo en ellos poco frecuentes, o directamente ausentes, las evidencias de armas.

- ibèric als Països Catalans. XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, Institut d'Estudis Ceretans, 411-439.
- GARCÉS, I. 2007**, El empleo del roncal caballar en el norte del Ebro durante la Edad del Hierro y la época ibérica, *Gladius* XXVII, 67-84.
- GARCÉS, I. et al. 1997**, *Vilars 2000. Una fortaleza ilergeta d'ara fa 2700 anys*, Universitat de Lleida.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1948**, *Hispania Graeca*, Barcelona.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1974**, Otros testimonios más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo, *Simposio Internacional de colonizaciones. Barcelona, 1971*, Barcelona, 201-203.
- GARCIA, G. 2006**, *Entre iberos y celtas: las espadas de tipo La Tène del noreste de la Península Ibérica*, Madrid, Anejos de Gladius 10.
- GIP 2003**, Caballos y hierro. El campo frisio y la fortaleza de "Els vilars d'Arbeca" (Lleida, España), siglos VIII-IV a.n.e., in N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente, J.B. López (coords.), *Chevaux-de-Frise i fortificació en la primera edat del ferro europea (Lleida 27-29 de març de 2003)*, Universitat de Lleida, 233-274.
- GÓMEZ, X. 2003**, Fetos de équido en Els Vilars (Arbeca, Lleida). Un nuevo tipo de deposición animal en hábitat durante la primera edad del hierro en Cataluña, in F. Quesada y M. Zamora (eds.), *El caballo en la antigua Iberia. Estudio sobre los équidos en la edad del hierro*, Madrid, BAH 19, 209-217.
- GRAELLS, R. 2007**, ¿Culto heroico durante la primera edad del hierro e ibérico antiguo en el noreste peninsular? Algunas consideraciones a partir del registro funerario, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 33, 91-115.
- GRAELLS, R. 2011**, *Mistophoroi* Ilergetes: el ejemplo de las tumbas de Caballo de la necrópolis de la Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Catalunya, España), *Jahrbuch RGZM* 55, 2008 [2011], 81-158.
- GRAELLS, R., GIRAL, F. 2007**, Una didracma de Neàpolis trobada a Belianes (Lleida), *Acta Numismàtica* 37, 17-28.
- JUNYENT, E., PÉREZ, A. 2003**, *Història de Lleida I. L'antiguitat, d'Illirta a Ilerda*, Lleida Pagès Editors.
- LaGENIÈRE, J. 1997**, Note sur une muséologie disparue, in J. LaGenière (dir.), *Héra. Images, espaces, cultes (Lille, 29-30 novembre 1993)*, Napoli, Collection du Centre Jean Bérard 15, 262-265.
- LOPORTO, F.G. 1996**, Tombe arcaiche di peuceti emergente, *StAnt* 9, 7-36.
- LUCAS, M.R. 2004**, Narigón y roncal "versus" bocado de caballo: el arrastre de los équidos, *Gladius* 24, 99-108.
- LUQUE, J. 1984**, Nuevos broches célticos (peninsulares) en Grecia y la cuestión de los primeros mercenarios ibéricos en el Mediterráneo (en el s.VI a.C.), *AEspA* 57, 3-14.
- MALAMA, P., GARDEISEN, A. 2005**, Inhumations d'équidés dans la nécropole orientale d'Amphipolis, Grèce, in A. Gardeisen (ed.), *Les équidés dans le monde méditerranéen antique*, (Athènes, 26-28 Novembre 2003), Latites, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne.
- MALUQUER, J., MUÑOZ, A.M., BLASCO, F. 1958**, *Catastratigráfica en el poblado de "La Pedrera", en Vallfogona de Balaguer, (Lérida)*, Barcelona, Universidad de Barcelona. Instituto de Arqueología.
- MANNINO, K. 2003**, L'iconografia del guerriero nel mondo apulo, *Atti del quarantesimo convegno di studi sulla Magna Grecia: Alessandro il Molosso e i "condottieri" in Magna Grecia. (Taranto-Cosenza, 26-30 settembre 2003)*, Taranto, 699-726.
- MAYA, J.L. 1986**, Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i Cinca, *Cota Zero* 2, 39-47.
- MENIEL, P. 2002**, Les animaux dans les rites funéraires au deuxième Age du Fer en Gaule septentrionale, *Anthropozoologica* 35, 3-16.
- NIETO, A., GARDEISEN, A., JUNYENT, E., LÓPEZ, J.B. 2010**, *Inhumations de foetus d'équidés dans la forteresse du premier âge du Fer de Els Vilars (Arbeca, Catalogne)*. In: Histoire d'équidés: des textes, des images et des os, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, Hors-série n° 4, Actes du colloque organisé par l'UMR 5140 du CNRS, Montpellier 13-14 Mars 2008, p. 125-147.
- PALLOTTINO, M. 1980**, *Etruscologia*, Milano, Ed. Ulrico Hoepli.
- PLENS, M. 1986**, *La necrópolis de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens)*, tesis de licenciatura inédita, Estudi General de Lleida.
- PRINCIPAL, J. 2006-2007**, Els orígens preibèrics del Molí d'Espígol (Tornabous, l'Urgell): establiment i evolució de l'hàbitat durant la primera edat del ferro, *Revista d'Arqueologia de Ponent* 16-17, 111-128.
- QUESADA, F. 1997**, El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.), Montagnac, Ed. Monique Mergoïl, Mon. Instrumentum 3.
- QUESADA, F. 2002**, 96. Falcata, in J.L. Ribes (ed.), *Sala d'Arqueologia de l'IEI. Catàleg*, Lleida, Quaderns de la Sala d'Arqueologia 2, 205-206.
- QUESADA, F. 2005**, El gobierno del caballo montado en la Antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras, *Gladius* XXV, 97-150.
- RAFEL, N., PLENS, M. 2002**, La necrópolis de La Pedrera (Vallfogona-Térmens), in J. L. Ribes (ed.), *Sala d'Arqueologia de l'IEI. Catàleg*, Lleida, Quaderns de la Sala d'Arqueologia 2, 255-256.

- RAFEL, N., MONTERO, I., CASTANYER, P. (coord.) 2008, Plata prerromana en Catalunya. Explotación y circulación del plomo y la plata en el primer milenio a.n.e., *Revista d'Arqueologia de Ponent* 18, 243-328.
- RIBES, J.L. (ed.) 2002, *Sala d'Arqueologia de l'El. Catàleg*, Lleida.
- RIPOLL, E. 1959, El poblado y la necrópolis ilergetes de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer, Lérida), *Ampurias* 21, 237-242.
- SARDÀ, S., GRAELLS, R. 2004-2005, Sobre la indentificació d'un tipus d'urnes d'orelletes arcaiques a Catalunya, *QuPAC*, 24, 173-188
- SCHAAFF, U. 1974, Keltische Eisenhelme aus vorrömischer Zeit, *JRGZM* 21, 150-152.
- SCHAAFF, U. 1988, Keltische Helme, *Antike Helme*, Mainz, RGZM, Monographien 14.
- SCHÜLE, W. 1969, *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrid, Deutsches Archäologisches Institut.
- TAGLIAMONTE, G. 1997, Reclutamento e paga dei mercenari italici in Sicilia nel IV sec. a.C., *Aspetti del mercenariato nel mondo antico (Pisa 14 ottobre 1997)*, Opus n.s.1.
- TAGLIAMONTE, G. 2000, I mercenari italici, in R.Cappelli (coord.), *Studi sull'Italia dei Sanniti*, Roma, 202-207.
- VITALI, D. 1991, Elmi di ferro e cinturoni a catena. Nuove proposte per l'archeologia dei celti in Italia, *JRGZM*, 35.1, 239-284.
- WALTERS, H.B. 1899, *Catalogue of Bronzes, Greek, Roman and Etruscan, in the Department of Greek and Roman Antiquities*, London, British Museum.